

III. El autor: ancla del significado

En este artículo trataremos más a fondo el papel del autor en la comunicación textual. Tradicionalmente en los estudios literarios (tanto bíblicos como seculares), el conocimiento de la intención del autor expresada en su texto ha sido entendido como la clave para la interpretación de los discursos escritos. El significado de cualquier texto corresponde con la conciencia del autor, y esta conciencia se puede recuperar estudiando cuidadosamente su texto, y conociendo el contexto histórico en el que escribió.

Tal vez esto suena a sentido común. *Por supuesto* que el significado del texto es lo que el autor quiso decir cuando escribió. Así solemos leer las Escrituras. El creyente medio cuando lee su Biblia y el predicador típico cuando prepara su sermón están buscando saber, por ejemplo, que es lo que Pablo quiso decir en su carta a los Romanos, y aún más fundamentalmente, que es lo que Dios quiso decir por medio de Pablo. No obstante, veremos en el siguiente artículo que muchos cuestionan hoy la viabilidad de este acercamiento al tema.

Comenzamos notando que en el mundo académico secular el representante más conocido de esta postura de “intención del autor” en nuestra época es E. D. Hirsch.¹ Hirsch, no hablando de la Biblia sino de cualquier escrito, dice que si se pierde la intención del autor, automáticamente se pierde el significado establecido en el texto. La intención del autor es “una especie de ancla en un mar de relativismo interpretativo.”² El significado está firmemente localizado en el propósito del autor—en su intención. Según Hirsch, sin el autor solamente hay autonomía, y el texto no puede tener ningún significado determinado. Debemos respetar al autor cuando nos acercamos a su texto porque en este ha publicado su intención, y es el deber del lector tratar de entenderla en sí misma, sin importar sentido ajeno.

Hasta aquí la teoría contemporánea de Hirsch. ¿Y qué de los estudios bíblicos? Podemos asumir el argumento básico de Hirsch para la interpretación bíblica: es necesario recuperar la intención de los autores de los textos bíblicos para determinar el significado de estos. Tanto el sentido común como la doctrina cristiana nos indican que el significado de algún texto tiene que localizarse y estar anclada en la intención de su autor. Realmente no hay más alternativas. Un texto no es ni más ni menos que la expresión del pensamiento del autor acerca del tema sobre el que escribe. Vanhoozer lo explica diciendo que el texto es la intención “encarnada” del autor. La interpretación de cualquier documento, por lo tanto, trata de comprender lo que el autor quería decir con las palabras que escribió. Los textos son actos comunicativos que plasman las ideas de sus autores, y estas ideas son recuperables. Si no fuera así, ¿por qué escribir? Si un texto no es capaz de comunicar las intenciones de su autor, ¿por qué componerlo? Incluso los que cuestionan la posibilidad de recuperar la

¹ Debo decir que mis resúmenes de las teorías hermenéuticas contemporáneas en estos artículos dependen en gran medida de la literatura secundaria sobre el tema, sobre todo las siguientes obras: Kevin Vanhoozer, *Is There a Meaning in This Text?* (Grand Rapids: Zondervan, 1998); Michael Horton, *Covenant and Eschatology* (Louisville: John Knox Press, 2002); Tremper Longman, *Literary Approaches to Biblical Interpretation* (Grand Rapids: Zondervan, 1987); y Graeme Goldsworthy, *Gospel Centered Hermeneutics* (Downers Grove: IVP, 2006).

² Citado de Longman, *Literary Approaches*, 109.

intención del autor expresada en el texto escriben y publican sus argumentos, demostrando que en el fondo creen que su texto es una encarnación de sus ideas.

La Biblia confirma esta verdad respecto a sí misma. Esta dice ser comunicación divina (2 Tim 3:16; 2 P 1:19-21). Lo que las Escrituras dicen es lo que Dios dice (Ro 9:17; He 1:5-13). Escuchar y obedecer a las Escrituras es escuchar y obedecer a Dios. Esta responsabilidad del lector frente a la lectura de la Biblia implica necesariamente que se puede conocer la intención de Dios en lo que está escrito. La Biblia es la intención de Dios “encarnada.” Es la manera en que él ha escogido comunicar sus promesas y su voluntad a su pueblo. El hombre hecho en la imagen y semejanza de Dios está capacitado para poder recibir y aplicar este discurso a su vida.

Hasta la época moderna, esto se daba por sentado en los círculos cristianos (aunque, como vimos en los artículos anteriores, no siempre se ha aplicado de forma coherente). Generalmente se buscaba el sentido de los textos bíblicos en las intenciones de sus autores (humanos y divinos). Pero, comenzando con la edad moderna, se empezó a dudar de la inspiración divina de las Escrituras y de su historicidad. Se decía que la Biblia tiene que leerse exactamente igual que cualquier otro libro, y estar sujeto a los mismos criterios naturalistas de investigación y explicación. De allí brotó el denominado “método histórico crítico.” Debemos comentar esta metodología brevemente.

El método histórico crítico, por lo general, busca el significado de los textos en el conocimiento de sus autores y sus trasfondos históricos. Pero lo que diferencia este método de otros métodos “pre-críticos” es su énfasis *diacrónico*. El método histórico crítico mira de examinar el desarrollo de un texto, sobre todo cómo evolucionaba con el tiempo (de ahí el término *diacrónico*—“a través del tiempo”). Simplificando un poco, se puede decir que el método histórico crítico trata de reconstruir el “texto” original *detrás de* los textos canónicos que nos han sido transmitidos en nuestras Biblias. Los que aplican esta metodología a los Evangelios, por ejemplo, toman por sentado que los textos (o discursos verbales) originales que hablaban sobre Jesús sufrían cambios con el tiempo debido a las adaptaciones de ellos hechas por una serie de autores que buscaban acomodarlas a las necesidades de sus comunidades eclesiales.³ Por lo tanto, el significado más “puro” de los Evangelios reside en sus formas más originales (porque las formas posteriores inevitablemente incluyen elaboraciones y distorsiones). La meta del método histórico crítico es reconstruir la historia verdadera de la persona de Jesús. El resultado final de este método es la reconstrucción de la persona de Jesús en términos de la religión natural (el “Jesús histórico”). El Jesús sobrenatural que conocemos en los Evangelios (el “Jesús de la fe”) no es histórico, sino que es el producto de elaboraciones por parte de la iglesia primitiva en años muy posteriores del ministerio de Jesús.

En cambio, en círculos conservadores, desde la Reforma se ha aplicado un método hermenéutico también *histórico*, aunque distinto en sus presuposiciones acerca de la inspiración y la historicidad del texto bíblico. Este método se llama el “método histórico gramático.” Los intérpretes que utilizan este acercamiento no niegan que los textos bíblicos tengan una historia previa a su redacción final (p.ej.; Lucas 1:1-4),

³ El ejemplo es de la investigación crítica del NT, pero se ha aplicado la misma metodología también al AT.

pero, al mismo tiempo, buscan averiguar el significado del texto canónico (el que ha quedado fijado en los textos originales que sirven para la traducción de nuestras Biblias) porque entienden que es el texto que Dios ha querido que su pueblo tuviera. Por lo tanto, el significado del texto bíblico reside en las intenciones del autor canónico, y el texto para estudiar no es ninguna fuente reconstruida anterior al texto final, sino el mismo texto que tenemos en nuestras Biblias.⁴ Para averiguar esta intención, este método se centra en el estudio de la Biblia a la luz de su trasfondo histórico. Así que, el método histórico gramático no rechaza la investigación histórica, lo que rechaza son los presupuestos naturalistas que marginan *a priori* los acontecimientos sobrenaturales del relato histórico de la Biblia.

Este método se llama “histórico *gramático*” porque trata de estudiar el texto de la Biblia a la luz de lo que significaban sus palabras en el día en que fueron escritas. En sus mejores expresiones trata de interpretar “literalmente,” lo cual quiere decir según las reglas “normales” de la gramática, la sintaxis, y el contexto de la época del texto. Las versiones más recientes de este método incorporan una serie de herramientas de análisis literario (el estudio de formas literarias, géneros, retórica antigua y más). Trataremos con más detalle estos temas en el siguiente artículo. Por ahora, observamos que la finalidad clara del método histórico gramático es buscar el significado que el autor del texto canónico quería transmitir según una metodología coherente con la doctrina y el carácter de la misma Biblia.

Pero cuando se trata de la interpretación de la Biblia, nos encontramos con una situación muy especial. La Biblia es inspirada, y por lo tanto es el resultado de una autoría *dual*. Es, a la vez, 100% humana y 100% divina. Entonces, ¿de quién es la intención de autoría que buscamos cuando interpretamos? ¿Del autor humano o del autor divino? La respuesta es de *ambos*.

Por un lado, el autor de cualquier texto bíblico es su redactor humano. Dios inspiró a los autores bíblicos, pero no de manera mecánica. Utilizaba los idiomas, conocimientos, experiencias personales e incluso las personalidades de los autores humanos. Es decir, Moisés, Lucas y Pablo pensaban mientras escribían, y expresaban sus intenciones en sus escritos. Por lo tanto, el interprete debe buscar la intención encarnada del autor humano en cuestión. De ahí parte la necesidad de trabajar en la forma humana de la Biblia: sus idiomas, formas de expresión, contextos históricos y culturales. Es necesario buscar la intención del autor humano a la luz de su trasfondo histórico. Trataremos más el lado humano de la Biblia en el siguiente artículo.

Pero por otro lado, el autor último de cualquier texto bíblico es Dios. Como hemos dicho, los autores humanos no escribían en un trance—tenían intenciones conscientes mientras componían. No obstante, Dios guiaba sus pensamientos y palabras de manera que coincidían con sus propias intenciones. Es decir, los autores humanos escribían exactamente lo que Dios quería que escribiesen. Pero no necesariamente hemos de limitar la intención de Dios a las intenciones de los autores humanos. Este matiz es muy importante porque nos permite entender la presencia de un *sensus plenior* (un significado más “pleno” que la intención del autor humano) en varios pasajes bíblicos. Debemos reconocer que a veces las intenciones de Dios

⁴ Es importante observar que las fuentes que el método histórico crítico pretende estudiar son totalmente hipotéticas. Es decir, no existe nada de evidencia textual (manuscritos) que nos indicará como eran las Fuentes anteriores a los documentos canónicos.

sobrepasan las de los autores humanos. Por ejemplo, vemos en varias ocasiones que la aplicación de un pasaje del AT en el NT va más allá de lo que el autor veterotestamentario entendía (Mt 2:15, Rom 10:6-8; 1 Cor 9:9; Heb 7:1-18; comparar Jn 11:49-53). Las intenciones divinas recogidas en el texto bíblico no contradicen las intenciones humanas—no estamos hablando de un modelo de interpretación alegórica que introduce sentido ajeno al texto. Más bien debemos entender la diferencia entre las intenciones humanas y divinas en las Escrituras según un paradigma de *tipología*. En la tipología hay correspondencia de semejanzas históricas entre el tipo del AT y el referente final del NT. No obstante, el referente final (*antitipo*) representa un desarrollo o cumplimiento del tipo original. Por ejemplo, Adán fue un tipo de Cristo porque, como éste, actuaba como representante de un amplio grupo de personas (correspondencia). Pero a la vez la obra de Cristo sobrepasa la de Adán (cumplimiento). En este y muchos otros casos, la intención de autor de Dios está latente en el texto de AT y se hace patente en el contexto de todo el canon (se entiende la relación tipológica entre Adán y Cristo leyendo toda la Biblia [esp. Rom 5 y 1 Cor 15], no solamente Gen 1-3).⁵

Así que, para la hermenéutica bíblica siempre hay un control. La intención de los autores (humanos y divinos) es siempre el punto de referencia o el centro estable de la interpretación. Es objetivo, externo al lector, y es lo que permite el texto retar y corregir a los lectores y sus interpretaciones. Pero esto no significa que la interpretación sea fácil ni automática. ¡Cuántas interpretaciones diferentes se sacan de la Biblia! ¿Si la intención del autor se expresa en ella, cómo explicar esta diversidad? El problema no está en la incapacidad de la Biblia para recoger adecuadamente la intención del autor. El lenguaje fue dado por Dios precisamente para permitir la comunicación entre él y criaturas hechas a su imagen, y el lenguaje de la Biblia es acomodado a nuestro nivel. Más bien la diversidad de interpretaciones y la falta de entendimiento adecuado del texto bíblico, por parte de sus lectores, suele ser el resultado de información insuficiente sobre su vocabulario, sus formas y sus contextos, o de prejuicios no compatibles con el texto. Veremos en los siguientes artículos, por lo tanto, que no se puede ignorar el papel del texto y del lector en la comunicación escrita.

Matt Leighton

Publicado en *Edificación Cristiana*, 2009-2010.

⁵ Para un buen resumen de este tema, ve Graeme Goldsworthy, *Estrategia Divina* (Cile, 2003).